

El verano y la agricultura

Los habitantes de las comarcas rurales, antaño, ni conocían la playa, ni mencionaban su nombre. Eran pocos los privilegiados que se marchaban unos días a "Los Baños". Eran sitios situados al margen de los ríos o de alguna corriente de agua donde había unas pilas muy grandes. El más cercano a nuestro municipio era el de Valdeganga. Se dice que esas aguas tienen efectos curativos en esta o alguna parte de nuestro cuerpo. Actualmente existen baños más modernos.

Con el comienzo de la estación estival se iniciaban las faenas de la recolección, para ello se necesitaba mucha mano de obra. Hombres mujeres y niños tenían que arrimar el hombro para recoger el fruto de muchos días de sudor y sacrificio. La primera faena era la de la siega. Cada persona cogía una hoz para cortar el cereal. Trigo, cebada, avena, centeno y escaña. Según mi criterio, esta era la más dura del verano. Los segadores tenían que soportar las altas temperaturas propias de esta estación, empuñando entre las manos las ásperas cañas del cereal, en muchas ocasiones rodeadas de cardos que pinchaban sin piedad. No había guante en la mano izquierda, se ponían una madera hueca parecida a un cuerno "la zoqueta". No podemos imaginar lo mal que lo pasarían aquellas mujeres todo el día agachadas. Eran varios los niños que nacían en el campo, mayoritariamente de familias que se desplazaban desde otros puntos de la región, Toledo, Ciudad Real y Albacete. En muchas ocasiones pasaban sed y bebían de cualquier charca. Mucha gente mayor me ha dicho "yo he bebido aguan en las pisadas de una mula". Esto hace realidad la canción que dice "ya vienen los segadores de segar de los secanos de beber agua del aljibe toda llena de gusanos".

Con el cereal ya cortado se hacían gavillas "los haces", estos eran atados con unas cuerdas conocidas aquí como "ataderos". Posteriormente eran transportados en carros, galeras y en ocasiones a lomos de las caballerías hasta las eras "el acarreo", allí eran trillados. En la faena de la trilla era cuando intervenían los niños, con siete años ya eran capaces de sentarse en un tronco de madera "el posón" encima de la trilla y conducir las mulas por la parva, siempre con la atenta mirada de una persona mayor.



Recogida la parva ya trillada se procedía al aventado, que consiste en levantar la mies con una horca para que el viento separe el grano de la paja. Posteriormente el grano era envasado en sacos o costales para subirlos (en las espaldas de los hombres) a la planta superior de la casa "las cámaras". La paja era guardada en los pajares para alimento de

los animales, mulas, burros, caballos y ovejas, así como para quemarla en "la lumbre" y calentarse durante el frío y largo invierno.

No podemos olvidar el trabajo de las "espigadoras", este era realizado por los ancianos y los niños, recogiendo las espigas que se habían quedado después del "acarreo".

A mediados del mes de agosto, cuando los garbanzos estaban en fase de maduración, los mozos (cuando ya habían terminado la faena de las eras) quemaban una gavilla de este fruto envuelta en paja. Cuando la paja había ardido, las cenizas eran pasadas por un criba para separar los garbanzos ya tostados y comérselos, siempre regados con vino. A esta vianda se le llamaba "moraga".



Me decía un hombre del pueblo: la moraga está muy buena, pero te pones como un "ceomo".

No se guardaban los domingos mientras duraba la recolección, pero si el 18 de julio, este día el patrón invitaba a los obreros a comer.

Con la recogida de las judías y garbanzos y algo de girasol, para consumo humano (este último se sacaba de la torta dándole golpes con un palo) a primeros de septiembre se terminaba la recolección. Habían pasado cuatro meses de trabajo muy duro.

Acto seguido se iniciaba la preparación de los barbechos, esperando la otoñada para la siembra ya inminente. En el campo había poco descanso.

En la actualidad las faenas de la recolección se hacen con modernas máquinas dotadas de aire acondicionado y sus conductores van provistos de neveras. Las campañas tienen una duración de 25 días aproximadamente.

José María Jiménez Rodrigo
Villar de Cañas, agosto de 2013